

# UNA SORPRENDENTE VICTORIA: MENEM Y SU RED DE APOYO EN LAS ELECCIONES INTERNAS DEL PERONISMO DE 1988

Joaquín Baeza Belda

Universidad de Salamanca, Spain. E-mail: baeza@usal.es

Recibido: 11 Febrero 2010 / Revisado: 5 Marzo 2010 / Aceptado: 13 Marzo 2010 / Publicación Online: 15 Junio 2010

**Resumen:** 1989 supuso para Argentina la llegada a la presidencia del justicialista Carlos Menem y el inicio de un sorprendente giro, dados los antecedentes de su partido, hacia políticas neoliberales. Como paso previo, sin embargo, Menem debió vencer en unas elecciones internas en las que partía, en principio, en clara desventaja ante el favorito Antonio Cafiero, gobernador de la provincia de Buenos Aires y líder de la llamada Renovación peronista. La sorprendente victoria de Menem en 1988 ha sido explicada comúnmente como fruto de la reacción de la sociedad a la clase política, en el contexto de crisis que atravesaba el país, o bien como producto de los límites e insuficiencias de la línea cafierista. Sin desconocer estos enfoques, en este texto abordamos el problema desde la perspectiva interna del peronismo y del propio Menem, describiendo su labor de acumulación y reestructuración de los sectores más ortodoxos del partido, apartados por el avance de la Renovación. El estudio de estas elecciones internas sirve así para explorar las continuidades y rupturas de la Argentina que abre un nuevo ciclo en 1989.

**Palabras Clave:** Argentina, peronismo, Menem, Renovación, elecciones, 1988.

Carlos Menem, ya se sabe, fue el protagonista de uno de los virajes más inesperados de la historia reciente argentina. Durante su mandato (1989-1999), el peronismo, el partido que tradicionalmente había representado (al menos desde el plan simbólico y discursivo) los principios del nacionalismo económico y de la justicia social, fue el encargado de llevar a cabo un duro

programa de ajuste de corte neoliberal, marcado por una larga lista de privatizaciones de empresas públicas, por el régimen de convertibilidad entre peso y dólar y por un fuerte deterioro de los indicadores socio-económicos<sup>1</sup>. Pero antes de que todos estos cambios sucedieran, el por entonces gobernador de la provincia una de las más remotas y pobres del país, La Rioja, había protagonizado otro hecho también sumamente sorprendente: el de su victoria en las elecciones internas para candidato a presidente del Partido Justicialista, celebradas el 9 de julio de 1988, en las que derrotó al que era considerado como claro favorito y figura principal de la oposición, Antonio Cafiero.

Como todo lo que rodea al fenómeno político más importante de la Argentina, la trascendencia de aquellas elecciones internas (cuya memoria ha quedado algo sepultada ante la avalancha de acontecimientos que le precedieron y sucedieron) no fue pequeña y ello no sólo por la magnitud de las cifras que en ellas se manejaba<sup>2</sup>.

En primer lugar, porque, dada la crisis por la que atravesaba el partido en el gobierno, la Unión Cívica Radical (UCR) liderada por el presidente Raúl Alfonsín, existía la convicción, refrendada posteriormente por la realidad, de que quien saliera vencedor de las internas, alcanzaría la presidencia un año más tarde en las elecciones generales. Para muchos, además, la victoria de uno u otro candidato tendría consecuencias profundas tanto para el peronismo como para la vida política argentina, ya que no estaba en juego una simple cara o imagen, sino que estaban en juego estilos políticos contrapuestos. Así opinaba, por ejemplo, Norberto Ivancich,

uno de los intelectuales cercanos a Cafiero: “Para mí en la interna no se dirimía solamente una candidatura, es decir, el candidato que más votos podía concitar en una elección presidencial. No era una elección entre imágenes distintas, entre figuras más o menos simpáticas que arrastraran a las denominadas “voluntades independientes”, sino que era una interna donde se definían formas distintas de construcción de un proyecto político. Ninguno de los dos homogéneo ni cerrado, ni definido totalmente, pero con profundas diferencias entre sí”<sup>3</sup>.

No sólo eso: estos comicios internos cerraban además una etapa caótica y turbulenta para el justicialismo, marcada, como veremos, por la muerte de su fundador, Juan Domingo Perón, y por la derrota en las elecciones presidenciales de 1983. Una crisis que, al igual que a partidos de semejantes características, estuvo a punto de hacer desaparecer al peronismo, como anotaba el propio Cafiero: “Parecería ser una constante histórica que los movimientos políticos creados y conducidos por grandes caudillos tienden a dividirse primero y a desaparecer después –por lo menos como fuerzas gravitantes- a la muerte de sus fundadores (...) De donde no dejaría de tener fundamento suponer que lo mismo habría de acaecerle al peronismo”<sup>4</sup>, pero de la que sobrevivió en gran parte gracias al proceso de cambio que cristalizó en las mencionadas elecciones. En ese sentido, al dotar (o eso se esperaba) al peronismo de unas normas claras y democráticas para su funcionamiento futuro, las internas de 1988 pueden estudiarse también como un caso relevante para la ciencia política y la historia en general de cómo puede sobrevivir un partido de tipo carismático a la muerte de su líder.

El duelo electoral se presentaba, sin embargo, aparentemente desigual. Desde la salida de la dictadura, Cafiero se había convertido en la cara más visible del partido; era el líder de la llamada Renovación peronista, la línea interna más pujante del peronismo; fue el gran triunfador de las elecciones legislativas de 1987, consiguiendo la importante gobernación de Buenos Aires, y, desde fines de ese año, figuraba como presidente del Consejo Nacional del partido. Cafiero se había rodeado además de políticos jóvenes y pujantes y ofrecía un perfil centrista, en algún punto entre la socialdemocracia y el socialcristianismo. Frente a ese control de los entresijos del partido y de la provincia más importante del país, Menem ofrecía una imagen llamativa, casi extemporánea, con su larga

melena y patillas, una cercanía campechana, apareciendo ante los medios practicando deportes o codeándose con los famosos de la capital y un discurso sentimental y vacío y lleno de la tradicional retórica peronista.

¿Cómo pudo entonces Menem conseguir la victoria en un contexto tan desfavorecedor? En este trabajo pretendemos acercarnos a dar una respuesta a este interrogante, subrayando, entre otros factores, la importancia de la red de apoyos que fue tejiendo Menem al interior del peronismo. Antes, sin embargo, describiremos rápidamente la situación del peronismo durante estos primeros años de retorno a la democracia, como medio para contextualizar la celebración de las elecciones y situarlas en la larga historia del partido.

## 1. UNAS INTERNAS SIN PRECEDENTES

La celebración de unas elecciones para decidir el nombre del candidato a presidente ha sido algo totalmente excepcional en la historia del peronismo. Dada la naturaleza personalista y carismática del partido, resultaba obvio y natural para todos que, durante las primeras elecciones (1946 y 1952), fuera el propio Perón el elegido como candidato sin mayores debates<sup>5</sup>. El exilio al que se vio sometido Perón tras su derrocamiento en 1955<sup>6</sup>, si bien le restó poder y recursos para controlar como antes el movimiento que llevaba su nombre, no le impidió continuar siendo, desde la lejana Madrid, la pieza central sobre la que giraban las decisiones más importantes del justicialismo.

Por supuesto, no faltaron pretendientes para ocupar la cabeza de tan jugoso movimiento: lo intentaron, por supuesto, sus enemigos, los militares de la llamada *Revolución Libertadora* y su fallido experimento de desperonización<sup>7</sup> o Arturo Frondizi, que pactó con Perón su ascenso a la presidencia en 1958<sup>8</sup>. Y no faltaron tampoco alternativas al liderazgo de Perón desde las propias filas del justicialismo, como ocurrió con los llamados partidos neoperonistas<sup>9</sup> y especialmente desde el interior del sindicalismo, convertido durante en los años de proscripción en el más poderoso aglutinante de la fuerza peronista, donde figuras como Augusto Vandor encabezaron proyectos independientes muy sólidos. Perón, pese a su situación precaria, siempre resultó airoso de todos estos desafíos, a lo que contribuyó sin duda la crónica baja institucionalización del movimiento y el hecho de que, en última instancia, el General era el

único que acumulaba la suficiente legitimidad para marcar el rumbo<sup>10</sup>. Prueba de ello es que Perón eligió, sin mayores condicionantes institucionales y con la clara oposición de los líderes sindicales, a Héctor Cámpora, un político del que tópicamente se dice que no tenía mayores virtudes que su lealtad al líder, como candidato para las elecciones de marzo de 1973<sup>11</sup>. Tras la renuncia de Cámpora, Perón aparecía como el candidato incuestionable para las siguientes elecciones de septiembre de 1973<sup>12</sup> y, finalmente, la fórmula Perón-Isabel Perón sería proclamada en el congreso del partido reunido el 4 de agosto en un trámite que Anzorena describe como “corto y expeditivo y [que] no dura más de 25 minutos”<sup>13</sup>.

Ya sin Perón, la decisión del candidato para las elecciones de 1983 tampoco brilló por sus preocupaciones democráticas. Luder será finalmente elegido en un pequeño encuentro de carácter informal entre unas pocas figuras del peronismo (Lorenzo Miguel, Deolindo Bittel, el propio Italo Luder, Antonio Cafiero y Herminio Iglesias) y en el que el sindicalista Miguel actuó como gran elector e hizo valer su posición. Como muestra de la confianza en la victoria, esta reunión se produjo en agosto de 1983, apenas unos meses antes de las elecciones, sin que en este proceso se tuviera mayor participación de las bases del partido<sup>14</sup>.

Pero si las internas de 1988 fueron excepcionales se debió a que la situación del peronismo era también por aquellos años verdaderamente excepcional. A mediados de los 80, el justicialismo se encontraba al borde de la desaparición, en medio de una crisis jalonada por tres fechas<sup>15</sup>. La primera, el 1 de julio de 1974, día de la muerte de Perón, con todo lo que ello supuso para un movimiento que giraba en torno de su líder y en el que no existían más reglas de sucesión que un ambiguo “mi único heredero será el pueblo”. En segundo lugar, el 24 de marzo de 1976, fecha del golpe con el que daría comienzo la última y más sangrienta dictadura argentina, que suspendió las actividades de los partidos, diezmó con su represión a las bases peronistas y, lo que pudo tener más consecuencias a largo plazo, con su radical política económica y social cambió el hábitat natural sobre la que se había tejido la Argentina peronista<sup>16</sup>. La tercera de estas fechas estaría definida por la derrota electoral en las presidenciales celebradas el 10 de octubre de 1983, en las que el peronismo perdió frente al candidato de la UCR Raúl Alfonsín.

Más allá del resultado en sí, en el que el justicialismo cosechó un resultado nada despreciable<sup>17</sup>, las elecciones de 1983 afectaron al peronismo en el plano simbólico. Se trataba de la primera derrota del partido en elecciones libres y se quebraba de esta manera el mito de la invencibilidad, de la mayoría natural y de la identificación automática entre peronismo y pueblo. Alfonsín había logrado sintetizar los cambios producidos por la dictadura y los nuevos valores y demandas de la sociedad argentina, mientras que el peronismo aparecía anquilosado en el pasado.

Tenemos, por lo tanto, a la altura de 1984 a un peronismo en plena crisis de identidad, arrastrando su tradicional vaguedad ideológica (donde el único punto de consenso lo proporcionaban las muy ambiguas tres banderas del justicialismo –justicia social, independencia económica, soberanía política–), sin unas reglas claras, definidas y consensuadas de funcionamiento y sin una figura con la legitimidad y capital político suficiente para marcar el camino<sup>18</sup>. Esa posición de referencia podría haber sido asumida por Isabel Perón, que podía hacer valer la fuerza del apellido (algo no menor en un partido que a veces funcionaba como una corte real), pero que venía lastrada por el caos en el que acabó su gobierno y que, pese a ostentar el título de presidente del partido, permanecía voluntariamente en Madrid, alejada de la realidad del país y de cualquier interés político<sup>19</sup>. Podría haberlo sido la cúpula que encabezaba el peronismo durante las elecciones, pero a pesar de seguir reteniendo el poder, los llamados “mariscales de la derrota” aparecían bastante deslegitimados ante las bases, no sólo por el desempeño electoral, sino también por sus métodos y formas poco democráticas y poco acordes con los nuevos tiempos.

No tardarían, sin embargo, en surgir voces dentro del peronismo exigiendo responsabilidades por la derrota y reclamando un proceso de cambio y renovación del partido, centrado en la remoción de la conducción mediante elecciones democráticas internas. Ése sería el germen de lo que después se conocería como la Renovación peronista, nucleamiento que reuniría a los disconformes con la conducción ortodoxa, que muchos interpretan como el intento más profundo de democratización del justicialismo<sup>20</sup> y que en los primeros años estaría liderada por Antonio Cafiero, Carlos Grosso, Juan Manuel de la Sota y el propio Carlos Menem<sup>21</sup>. En unos años, esta

línea interna se haría con el control del partido y cumpliría su objetivo último de llamar a elecciones internas en distrito único para elegir el candidato a presidente en 1988, pero esta lucha entre la renovación y la ortodoxia, a las que caricaturizándolas podríamos etiquetar como socialdemocracia y derecha populista respectivamente, distó de tener un desarrollo claro y tuvo, como veremos, un desenlace bastante ambiguo.

Tras un periodo en el que no faltaron las críticas por la derrota electoral<sup>22</sup>, el conflicto estallaría finalmente en diciembre de 1984, en el congreso del partido celebrado en el teatro Odeón, donde la conducción oficial, liderada esta vez por Lorenzo Miguel y Herminio Iglesias, ratificó su posición en un contexto de violencia y amenazas que hizo que se retiraran aquellos congresales que pretendían el cambio y una mayor democracia interna, dejando la reunión sin el quórum necesario<sup>23</sup>. Los “disidentes” convocarían un nuevo congreso propio en febrero de 1985 en Termas de Río Hondo (Santiago del Estero), donde avanzaron sus posiciones<sup>24</sup>; pero el primer impulso renovador moriría en aras del mito de la unidad justicialista en un tercer encuentro, en Santa Rosa de La Pampa, en el que, de nuevo, la conducción ortodoxa se haría con las riendas del partido.

Dadas las limitaciones que encontraba la Renovación para llevar a término sus reivindicaciones a través de los carriles internos del partido, su estrategia viró hacia conseguir fuerza y legitimidad a través de las elecciones legislativas nacionales y provinciales, que funcionaron en esos años también como internas para dirimir el conflicto peronista. Así lo hicieron, por ejemplo, las elecciones de 1985, en las cuales Cafiero se presentó en Buenos Aires fuera de las estructuras del partido peronista con un frente propio, consiguiendo de esta manera mejores resultados que su rival ortodoxo Herminio Iglesias<sup>25</sup>.

Las elecciones de 1987, en un contexto marcado por el fin de la *ilusión democrática* y la crisis económica, supondrían el apogeo de una Renovación que se imponía no sólo a sus rivales partidarios, sino también a los candidatos de la UCR: Cafiero, por ejemplo, obtuvo la importante gobernación de Buenos Aires<sup>26</sup>, mientras que De la Sota se presentó en Córdoba con un frente propio, en alianza con la Democracia Cristiana, cosechando un segundo puesto, destacado del peronismo oficial. Con la

fuerza y la legitimidad que otorgaban estos resultados, la Renovación alcanzaba su momento culminante: en el congreso de Bambalinas, de diciembre de 1987 se eligió una nueva conducción que reflejaba el nuevo equilibrio en el partido, encabezada por Cafiero y Menem, conducción transitoria que sería la encargada de velar hasta la celebración, meses más tarde, de las tan anheladas elecciones internas. Con Cafiero como presidente del partido y controlando la más importante provincia, acumulando además un alto prestigio y una imagen democrática, las internas, a la altura de fines de 1987, parecían tener un resultado obvio. Era la opinión mayoritaria, como lo expresaba Luis Brunati: “Me parece que hay que tener claro que el 7 de setiembre Cafiero era presidente de la Nación, que el 11 de diciembre [día siguiente a su ascensión como gobernador] era presidente de la Nación, esto no hay que olvidarse, faltaba un tiempo formal para que llegara a ocupar ese espacio; me parece que ésta era la sensación que había en ese momento”<sup>27</sup>. Y, sin embargo, Menem se encargaría de destrozarse todos esos pronósticos.

## 2. ALGUNAS EXPLICACIONES SOBRE LA VICTORIA DE MENEM

Cuando el 7 de septiembre de 1987, el día siguiente de la gran victoria de Cafiero, Buenos Aires apareció cubierta de carteles con la leyenda “Menem presidente”, muchos sonrieron ante lo que parecía una fanfarronada más del político riojano. Pero nada más lejos: guiado por su olfato político, aprovechó las oportunidades de la coyuntura y las debilidades de su rival para lograr un resultado sorprendente. El 9 de julio de 1988 Menem conseguía la victoria y la candidatura a presidente obteniendo un 54% de los votos.

La pregunta a realizarse ahora es, obviamente, qué factores lograron revertir una situación tan poco propicia. Para algunos autores, la clave se encuentra en que se produjo un corte socio-económico en el electorado, por el cual las clases medias y sectores más acomodados habrían votado a Cafiero, mientras que Menem había basado su triunfo sobre los grupos más postergados. Así lo creía, por ejemplo, Ernesto López: “Sin prejuicio de aceptar el veredicto de los estudios sistemáticos que seguramente vendrán más adelante sobre este tema, puede decirse ahora que Menem ganó con el poverrío, que obtuvo el apoyo de la gente de más abajo, de los excluidos del mundo del trabajo y del

consumo”<sup>28</sup>. O Hugo Chumbita, más atento a las cuestiones simbólicas: “En el dilema de la interna hubo un corte social, que guarda relación con la imagen de clase que proyectaron los miembros de los dos binomios presidenciales. Menem y Duhalde llegaron a la sensibilidad popular (...) preservando un valor inusual, una esencial humildad. La indigencia de Menem, real o supuesta, fue un crédito que lo acercó al sentimiento de la base. También es importante observar que la figura de Menem es la de un candidato que surge de una provincia pobre, que encarna otra visión del país centrada en el interior”<sup>29</sup>.

Es cierto que el mensaje emotivo y sencillo de Menem iba destinado a calar entre los sectores pobres y los más afectados por la crisis y que, sin duda, buena parte de su apoyo lo recibió dentro de esos grupos. Pero la explicación basada en el clivaje social se presenta insuficiente si atendemos a los resultados de las elecciones. Como señalaba Mario Wainfeld: “Si así fuera, habría que preguntarse si el 46% del peronismo es “clase media”, lo que contradice viejos prejuicios al respecto. También habría que pensar quién sintetizará esas dos realidades o si ambas seguirán confrontando... Además lo del “corte social” no alcanza para explicar algunos guarismos: los de la Patagonia (70% para Menem), los de San Juan y Mendoza (casi 80%), el casi 50% de Capital, donde pobres y marginados no debieran ser tantos”<sup>30</sup>. Dicho en otros términos, lo que estos números nos indican es que los apoyos sociales a ambos candidatos fueron heterogéneos y mixtos, resultando muy difícil explicar cifras como ese 80% alcanzado en provincias como Mendoza (no precisamente una de las más pobres) atendiendo exclusivamente a las diferencias sociales.

La victoria menemista también ha sido estudiada a partir de los errores de la Renovación. En este texto no hemos podido desarrollar una historia pormenorizada de esta línea, pero ya hemos hecho referencia a las contradicciones y ambigüedades que albergó en su seno y a los numerosos cambios y vaivenes en su formación, hechos que sin duda contribuyeron a su derrota. De hecho, como muestra de esas ambigüedades, los cuatro candidatos en liza en 1988 habían sido o seguían siendo referentes de la Renovación, ya que tanto Menem como su compañero Duhalde fueron importantes integrantes de esa línea en sus inicios. Dentro de este grupo de teorías, algunos autores criticaron a la Renovación por elegir una fórmula

excesivamente “pura”, sin respetar los difíciles equilibrios y sensibilidades del movimiento y sin incluir en la fórmula a otras tendencias<sup>31</sup>. En realidad, los cafieristas pensaron en un inicio en José María Vernet, ex gobernador de Santa Fe y hombre vinculado a la ortodoxia sindical, como segundo en la fórmula<sup>32</sup>, pero se decantaron finalmente por José Manuel De la Sota, cordobés y hombre del círculo cercano a Cafiero. De haber influido realmente este aspecto, fuera con Vernet o con cualquier figura equivalente, la solución podría haber sido igualmente contraproducente para la Renovación y el mensaje que quería ofrecer, al acordar de nuevo con aquellos a los que en teoría quería desbancar. Al menos así pensaba Wainfeld al señalar que “era [la de Vernet] una alternativa riesgosa: desdibujar la Renovación, poner en entredicho sus mejores planteos. A decir verdad, no está claro que eso hubiera cambiado el score”<sup>33</sup>.

Siguiendo con las deficiencias de la Renovación, Chacho Álvarez opinaba, por ejemplo, que “a la renovación le había faltado pasión. Algún sucedáneo más noble de la mística de una década atrás. Se requería de un salto menos brusco y pragmático entre el militante heroico de la entrega total y el nuevo modelo de funcionario enamorado de los atributos formales del poder”<sup>34</sup>. Vicente Palermo iba incluso más allá afirmando que la victoria de Cafiero era imposible dado el juego de poder existente en el peronismo y que la Renovación perdió precisamente por sus virtudes y por haber sido consecuente con sus principios, buscando al mismo tiempo mayor democracia interna y unidad<sup>35</sup>.

Además, pese a las apariencias, el aparato cafierista y su control del partido era mucho más precario de lo que cabría pensar. Como ha señalado Steven Levitsky: “En la práctica, la organización del PJ nunca asimiló a la estructura burocrática delineada en los nuevos estatutos. En muchos aspectos, los renovadores no se esforzaron demasiado para cambiar el modo de funcionamiento del PJ. (...) El PJ posterior a la Renovación seguía careciendo de una burocracia central eficaz, capaz de disciplinar o controlar las organizaciones de menor nivel”<sup>36</sup>.

Este tipo de explicaciones, a las que no les falta valor explicativo, entroncarían con un factor externo al peronismo, pero que devino crucial para entender el ascenso del fenómeno menemista: la crisis económica y el final de la

llamada *ilusión democrática*. Como ya dijimos, a la altura de 1988 el gobierno de Alfonsín había agotado ya todo su impulso e iniciativa: los juicios habían sido frenados por las presiones y levantamientos militares, con los que obtuvieron las leyes de obediencia debida y punto final<sup>37</sup>; mientras, a pesar de los primeros éxitos del Plan Austral, la situación de la economía argentina se tornaba cada vez más grave, sepultada por el peso de la deuda externa y una inflación que trepaba incontrolable. El deterioro económico iba más allá de lo material: Alfonsín había logrado suscitar la esperanza y la ilusión de los argentinos, a la salida de la dura y larga dictadura, prometiendo que con la democracia se comía, se educaba, se curaba. Cinco años más tarde los resultados resultaban demasiado magros y cundía el desencanto ante las posibilidades de una democracia y de un Alfonsín con cada vez menos espacio político.

El gradual desprestigio y falta de credibilidad en la política arrastrarían no sólo al gobierno, sino que afectarían también a los renovadores, que aparecían ante la sociedad como demasiado cercanos al alfonsinismo. No era, en verdad, una apreciación incorrecta: desde sus inicios, uno de los retos de la Renovación había sido distanciarse tanto del discurso del peronismo ortodoxo como del radical<sup>38</sup>. Pero a fines de 1987, con los renovadores compartiendo ya responsabilidades de gobierno tras sus triunfos electorales y conscientes de la gravedad de la situación, apostaron por ofrecer una imagen de oposición responsable, privilegiando los acuerdos y los pactos de gobernabilidad con el oficialismo. Como describe Aboy Carlés: “Tras haber infligido una derrota electoral al alfonsinismo, los renovadores liderados por Cafiero vieron llegado el momento de abrir un proceso de negociación interpartidaria (...). Es así como la UCR y el PJ ensayaron entre los meses que siguieron a las elecciones de 1987 y hasta las elecciones internas del justicialismo de julio de 1988, una política de colaboración (...).

Tras una serie de encuentros que incluyeron a los propios Cafiero y Alfonsín, el PJ y la UCR acordaron un nuevo paquete de medidas impositivas en diciembre de 1987 (...). En los meses siguientes, radicales y justicialistas continuaron su colaboración legislativa, aprobando conjuntamente diversos proyectos de ley<sup>39</sup>. Esa actitud, si bien responsable teniendo en cuenta la fragilidad de la democracia, fue altamente perjudicial para sus intereses, al compartir el desgaste de la crisis con el

gobierno. Menem, en cambio, supo escapar de esas críticas, situando su lugar de enunciación en las arenas de lo extra-político. Desde esa posición pudo identificar a Cafiero con Alfonsín y lanzar sus críticas a ambos: “Y si hay alguien a quien se le puede calificar de alfonsinista, porque evidentemente es la misma propuesta económica, es al compañero y amigo Cafiero”<sup>40</sup>.

En realidad, Menem era todo lo contrario a un *outsider*: era un político de larga trayectoria, que ya había ejercido el cargo de gobernador de La Rioja durante el periodo 1973-1976, cargo que repetía desde 1983, y que en los primeros años de retorno a la democracia era, curiosamente, el justicialismo más cercano a Alfonsín. Pese a ello, el de Anillaco supo desmarcarse de esas ataduras, ofreciendo una imagen cercana y campechana, más propia de un personaje de la televisión y del mundo de los famosos que de la política. Y gracias a ello, como señala Álvarez, podía evitar verse salpicado por el desprestigio de la figura: “La figura de Menem circula por una avenida distinta a la que transita el grueso de la clase política, por eso no es juzgado con la misma lógica que se utiliza para elogiar o criticar las acciones de cualquier otro dirigente”<sup>41</sup>.

### 3. MENEM Y LA CONSTRUCCIÓN DE UN APARATO PROPIO

Sin restarle alcance a los factores ya expuestos, la intención de nuestro trabajo es enfatizar la importancia de un hecho que se suele dejar de lado en los análisis sobre estas elecciones y que tiene que ver con los juegos internos del movimiento peronista: que Menem contaba con apoyos claves dentro del justicialismo.

Es ya un tópico describir la contienda electoral de 1988 como un duelo en el que Cafiero poseía el control del aparato del partido, mientras que Menem no contaba con más recursos que el que proporcionaban las bases. De hecho, era ésta una interpretación bastante extendida en ese momento y que el equipo de Menem trató de utilizar para contraponer una mirada burocratizante, fría y lejana de sus rivales con la cercana y directa propia. Obviamente, era un argumento que usó Duhalde: “Los cafieristas van a utilizar todo el aparato, con lo que esto significa en medios y movilidad, pero no nos preocupa, porque sabemos que la gente nos apoya”<sup>42</sup>. Y que también fue utilizado por Menem: “El poder está en el Pueblo y no en los aparatos. El poder está en el corazón de cada

peronista y no en las estructuras económicas. El poder está en las bases que ansían liberarse, y no en las cúpulas que buscan mantener sus privilegios. Otros tienen dinero, soberbia, medios, materiales, influencias, cargos. Nosotros tenemos convicción, voluntades, esperanza, calor popular, humildad, sacrificio, emoción y razón<sup>43</sup>. Pero curiosamente, también es un discurso que se podía encontrar en las palabras de personajes del círculo de Cafiero, como Luis Macaya<sup>44</sup>, y en los análisis periodísticos<sup>45</sup>.

Es cierto que Cafiero contaba con los recursos que podía obtener de su condición de presidente del partido y que tenía además el apoyo, al menos nominal, de la mayoría de gobernadores y diputados, pero, como se vio, dichos apoyos resultaron ser bastante frágiles e inconsistentes. Aprovechando esas debilidades e inconsistencias de la Renovación, Menem fue tejiendo apoyos, incorporando a su causa a todos aquellos que habían sido arrinconados por el avance renovador, pero que todavía conservaban una cuota de poder nada desdeñable. El camino hasta conseguirlo fue bastante sibilino y sería difícil encontrar un punto de ruptura formal y explícito, pero si para 1985 Menem podía ser considerado como un líder renovador, siempre mantendría en cambio una actitud muy independiente y distante, llegando a formar simultáneamente su propia línea interna *Federalismo y Liberación*. Los primeros intentos de hacer pie en el escenario bonaerense fueron infructuosos, pero hacia 1987, Menem se sentía ya lo suficientemente respaldado como para hacer frente a Cafiero.

El resultado final de esa construcción de un aparato propio fue bastante heterogéneo y hasta estrambótico y se podría diferenciar en él a tres grandes sectores: sindicalistas, de quien nos ocuparemos a continuación; ex renovadores (el caso más relevante podría ser el de Duhalde<sup>46</sup>, pero también habría que incluir en este apartado a Julio Bárbaro<sup>47</sup>, Rubén Cardozo y Jorge Rachid) y todos aquellos que veían peligrar su vida política ante el avance renovador: ortodoxos y herministas (la figura más visible – que no principal– en ese aspecto sería Juan Carlos Rousselot), pero también pequeñas agrupaciones como el Comando de Organización, el Peronismo Revolucionario y los restos del naufragio de Montoneros, grupos éstos desprestigiados, pero que todavía conservaban unos fondos y una logística a tener en cuenta<sup>48</sup>.

El caso del apoyo sindical es, además de uno de los más importantes, el que mejor retrataría la alambicada situación del peronismo en los 80. Desde sus orígenes y especialmente desde la época de la prescripción, el peronismo había basado gran parte de su fortaleza y raigambre popular en su estructura sindical y en su preponderancia casi exclusiva dentro del movimiento obrero<sup>49</sup>. Un elemento que permanecía al salir de la dictadura (recordemos el papel clave de Miguel en 1983), pero que se encontraba cada vez más cuestionado tanto por la acción de los renovadores, que querían privilegiar el papel del partido, como por la propia realidad socio-económica.

Fruto de esa crisis y como reproduciendo la situación partidaria, el sindicalismo peronista de los 80 se encontraba profundamente dividido en un buen número de siglas y agrupamientos, cuyas fronteras, a pesar de todo, eran bastante endebles<sup>50</sup>. Muy básicamente, hacia fines de 1987, los sindicatos justicialistas estaban adscritos a una de estas agrupaciones: los 25, que, a grandes rasgos, podían ser el equivalente de la Renovación en el mundo sindical<sup>51</sup>; los ubaldinistas, algo más tradicionales y a la cabeza de la CGT; las 62 de Miguel, de corte ortodoxo<sup>52</sup>, y los 15, línea situada a la derecha, que tenía su origen en los núcleos más proclives al diálogo con la dictadura y que, curiosamente, había participado en el gobierno de Alfonsín cuando Alderete asumió el Ministerio de Trabajo<sup>53</sup>.

Tanto los 15 como las 62 apoyaron finalmente a Menem. Además de una posible mayor cercanía ideológica y de cálculos tácticos (Lorenzo Miguel apoyaba en un primero momento a Cafiero, pensando en la opción de Vernet como vicepresidente), existía una profunda razón, ya apuntada, a la hora de entender este apoyo: la Renovación suponía una seria amenaza para su modo de entender la política y para su principal fuente de poder, con su propuesta de hacer del partido la pieza fundamental y prácticamente exclusiva del justicialismo. De hecho, el poder sindical sobre el partido y sobre la política en general estaba ya menguando sensiblemente, como se puede observar en el decreciente número de diputados de origen sindicalista. No extraña entonces que acudieran al encuentro de un Menem que seguía defendiendo en su discurso la prioridad del movimiento sobre el partido y la vigencia de la estructura en ramas. El apoyo de estos sindicatos, por minoritario o por muy en decadencia que pudiera estar<sup>54</sup>, fue

visible y muy útil a la hora de organizar la logística y los medios de la campaña. Fueron los 15 quienes prestaron la ayuda necesaria para llevar a cabo el acto de cierre de la campaña de Menem<sup>55</sup>, donde consiguieron rozar el lleno en el estadio de River Plate juntando a casi 60.000 personas. Según señalaba Página/12, “el gran aparato de los gremios del grupo sindical de los 15 –que hasta ayer era más una amenaza con el que muchas veces la dirigencia asustaba, pero que en verdad no fue utilizado para las movilizaciones peronistas desde 1983- demostró su poder”, “una capacidad de organización y movilización que logró colocar a decenas de micros [autobuses] en las puertas de las fábricas más importantes de los barrios marginales del Gran Buenos Aires, así como en los puntos neurálgicos de la ciudad...”<sup>56</sup>.

Una anécdota del día de la elección sigue sobre la misma pista: “En Villa Lugano [uno de los barrios obreros de la capital] –contrariando a lo que pregonó el menemismo en el orden nacional- el “aparato” estuvo al servicio del gobernador riojano. Tres de cada cuatro colectivos [autobús urbano], taxis o vehículos particulares que llevaban y traían afiliados ostentaban afiches de la fórmula Menem-Duhalde”<sup>57</sup>. Una pequeña historia como ésta, combinada con datos sospechosamente llamativos como el 90% conseguido en La Rioja o Catamarca (algo que merecería un tratamiento mucho más pormenorizado), nos llevaría a hablar de la importancia de las redes clientelares del menemismo, especialmente fuertes en provincias atrasadas como las mencionadas, donde sus líderes manejaban la situación con recursos entre lo personalista y lo clientelar.

## CONCLUSIONES

La relación entre peronismo y democracia siempre ha sido tortuosa. El abanderado de la justicia social y el encargado de la inclusión de los trabajadores en la vida política argentina siempre ha mantenido una relación ambigua, cuando no abiertamente conflictiva, con los principios de la democracia liberal, antes y después de 1955. La situación se repetía a nivel interno: si, en los inicios, los principios democráticos eran aceptadamente sustituidos por el liderazgo decisionista de Perón, la muerte de éste y la derrota electoral de 1983 hicieron que surgieran voces dentro del justicialismo reclamando mayor democracia y reglas de funcionamiento claras, consensuadas y fijas. Como vimos, estos sectores, nucleados en la

Renovación, lograron finalmente sus objetivos, tomando el control del partido y llamando a elecciones en julio de 1988 para decidir el candidato a presidente.

Las internas de 1988 podrían interpretarse así como uno de los pasos decisivos hacia la democratización del peronismo, pero habría que preguntarse hasta qué punto se logró tal objetivo teniendo en cuenta, entre otros factores, que desde entonces no se han vuelto a celebrar y que el peronismo volvió a repetir el modelo de líder fuerte durante las presidencias de Menem.

Enlazando con lo dicho en este trabajo, se podría afirmar que las internas suponen al mismo tiempo el éxito final y el fracaso de la Renovación, que vio cumplido su principal objetivo, pero que sufrió una completa desbandada (la mayoría hacia el ala menemista, como Carlos Grosso o José Luis Manzano) tras esta derrota. Los resultados hablan así de la debilidad de la Renovación y de un control de los entresijos del partido mucho más superficial de lo que cabría esperar por su fulgurante ascenso.

Precisamente lo que queríamos demostrar es que Menem ganó en 1988 con algo más que con su carisma personal. El riojano fue sumamente hábil a la hora de moverse por el conflictivo y difícil escenario peronista de los 80, apoyando a Alfonsín en su mejor momento, siendo uno de los referentes renovadores en los orígenes de esa línea y apartándose de ella cuando intuyó sus inconsistencias y el enorme espacio y capital político (como vimos, todavía muy vivo) que dejaba tras de sí. Estos apoyos de parte de sindicalistas, ortodoxos y de otros grupos, por muy heterogéneos que fueran, se mostraron claves para entender la victoria menemista de 1988. Resultados que nos indican que, sumados a las redes clientelares extendidas en lugares como La Rioja o Catamarca, las viejas prácticas y viejos líderes de la ortodoxia tenían todavía el suficiente poder como para cambiar el rumbo del partido. Todo ello, unido a nuevas formas de proselitismo político (caravanas, comidas populares) y un uso más eficiente de los medios de comunicación, facilitó el triunfo de Menem.

Y así, frente al tópico que presentaba a un Menem solo ante un aparato partidario casi omnipotente, podemos concluir que la red construida por el riojano, por mucho que algunos autores la describieran como un Frankenstein<sup>58</sup>, gozaba de buena salud. Lo



curioso, sin embargo, es que este triunfo y esta reivindicación de personajes como Lorenzo Miguel sería también su canto de cisne: serían barridos o reasimilados una vez que el proyecto menemista liberal echara a andar.

## NOTAS

<sup>1</sup> Sobre la presidencia de Menem y sus reformas se pueden consultar: Palermo, Vicente y Novaro, Marcos, *Política y poder en el gobierno de Menem*. Buenos Aires, Norma, 1996 o Gambina, Julio y Campione, Daniel, *Los años de Menem. Cirugía mayor*. Buenos Aires, CCC, 2003.

<sup>2</sup> El padrón electoral del peronismo, por ejemplo, se situaba cerca de los cuatro millones de posibles votantes.

<sup>3</sup> Citado en Ivancich, Norberto. *Escritos peronistas*. Buenos Aires, Sudamericana COPPPAL, 2007

<sup>4</sup> Cafiero, Antonio. *Razones para ser peronista*. Buenos Aires, Sudamericana, COPPPAL, 2007, 95. El artículo original fue publicado en el diario Clarín en marzo de 1985.

<sup>5</sup> Por supuesto, hay que tener cuidado con presentar al peronismo como una estructura absolutamente vertical y monolítica. Como afirma Moira Mackinnon, autora de la más importante investigación sobre el funcionamiento del partido peronista en sus primeros años: “Del trabajo de investigación que hemos realizado, se desprende que la caracterización del Partido Peronista entre 1945 y 1955 como sometido férreamente a una conducción verticalista y convertido en una agencia de la burocracia estatal, no es correcta (...). Por el contrario, luego del ascenso de Perón al poder, en 1946, se desata un proceso muy rico de conflictos de intereses y debate de ideas entre las principales corrientes que formaban la coalición peronista, en torno a la organización y dirección del nuevo partido de gobierno”. Mackinnon, Moira. *Los años formativos del partido peronista (1946-1950)*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2002, 17.

<sup>6</sup> Al respecto se pueden consultar los distintos artículos reunidos en Amaral, Samuel y Ben Plotkin, Mariano. *Perón: Del exilio al poder*. Buenos Aires, Cántaro, 1993.

<sup>7</sup> Tras el golpe de 1955, el peronismo fue proscrito para la vida política. Imitando el proceso de desnazificación en Alemania, los símbolos justicialistas fueron prohibidos e incluso el uso de los nombres de Perón y Evita podía ser castigado.

<sup>8</sup> Arturo Frondizi, de la Unión Cívica Radical Intransigente, pactó con Perón que los votantes justicialistas apoyarían su candidatura a cambio de devolver a la legalidad al movimiento peronista. Frondizi fue finalmente elegido presidente en 1958, pero sería derrocado por un nuevo golpe militar en 1962.

<sup>9</sup> Fueron llamados así a los nuevos partidos, como la Unión Popular de Bramuglia o el todavía existente Movimiento Popular Neuquino, que recogieron la

esencia del justicialismo y que intentaron mantener para sí su electorado. Al no contar con el apoyo de Perón (antes al contrario), la mayoría no pasó de ser más que una fuerza provincial.

<sup>10</sup> Al respecto, Ana María Mustapic señala que “esa lucha interna por el poder tuvo un componente novedoso para lo que había sido la experiencia peronista hasta ese entonces: su carácter horizontal desde el momento en que Perón mismo pasó a ser un contrincante más en la competencia”. Mustapic, Ana María. “Del partido peronista al partido justicialista. Las transformaciones de un partido carismático”, en Cavarozzi, Marcelo y Abal Medina, Juan Manuel (comps.), *El asedio a la política. Los partidos latinoamericanos en la era neoliberal*. Rosario, Homo Sapiens y Konrad Adenauer Stiftung, 2002, 148. Desde nuestro punto de vista, Perón gozaba de una legitimidad y un reconocimiento que ningún otro peronista podía igualar. Obviamente, también debemos huir de presentar a Perón como una especie de *deus ex machina* capaz de controlar todo el proceso político entre 1955 y 1973.

<sup>11</sup> Las elecciones de marzo de 1973, las primeras tras la dictadura iniciada en 1966, se celebraron todavía con la prohibición a Perón para presentarse como candidato. Para más información sobre el proceso de transición a la democracia de 1973 se puede leer Dalmazzo, Gustavo, *El duelo de los generales. Perón Lanusse*. Buenos Aires, Vergara, 2005. Para una visión alternativa de la figura de Cámpora, se puede consultar Bonasso, Miguel, *El presidente que no fue*. Buenos Aires, Planeta, 1997.

<sup>12</sup> Cámpora presentó la renuncia en julio de 1973, presionado por el entorno de Perón y el ala derecha del justicialismo.

<sup>13</sup> Anzorena, Oscar, *Tiempo de violencia y utopía. Del golpe de Onganía (1966) al golpe de Videla (1976)*. Buenos Aires, Colihue, 1998, 239. Sigue así su descripción: “En primer término hace uso de la palabra el apoderado del Partido Torcuato Fino, quien sostiene que Perón “representa el báculo señero bajo cuyas úberimas frondosidades han germinado para el país decisiones transcendentales”. Y agrega: “Cómo podemos sostener a votación a un hombre cuya estampa está esculpida en la lontananza de la República?”; finalizando: “Perón es un homo sapiens que no ha de abandonar el jardín de la vida sin haber dado el último rosal”. La grandilocuencia de Fino culmina con la aclamación de los congresales en favor de la postulación de Perón como candidato a presidente. Acto seguido Humberto Martiarena la cede la palabra a Norma Kennedy, quien postula a María Estela Martínez de Perón como vicepresidente. La votación nuevamente confirma la candidatura”. Una década más tarde, ese poder casi total de Perón seguía siendo aceptado por los propios justicialistas, incluso por aquellos que reclamaban mayor democracia interna en el partido. Así lo confirmaba De la Sota: “Durante años la etapa gregaria del peronismo fue una síntesis entre Perón y la gente. Él era “la democracia”. A Perón nadie le preguntó en el '73 cuál era su programa, el programa era él. Él era la

síntesis de las aspiraciones de todos los argentinos, de los anhelos de liberación y de justicia social”. Moncalvillo, Mona y Fernández, Alberto, *Cafiero, De la Sota, Feinmann, Álvarez. La renovación fundacional*. Buenos Aires, El Cid, 1986, 38.

<sup>14</sup> Para una crónica de esta reunión y de toda la campaña justicialista, se puede consultar Cordeu, Mora; Silvia Mercado y Sosa, Nancy, *Peronismo, la mayoría perdida*. Buenos Aires, Sudamericana / Planeta, 1985.

<sup>15</sup> No fueron pocos los que, incluso dentro del peronismo, certificaban la muerte de su movimiento. Por ejemplo, Álvaro Abós se pronunciaba así: “¿Ha muerto el peronismo? Admitámoslo: el peronismo, tal como lo hemos conocido ya no se repetirá. No sólo porque falta uno de sus términos esenciales –el liderazgo carismático– sino porque la realidad social argentina que le dio sustento se ha modificado profundamente. (...). La decisión política de una parte de la clase obrera industrial en los bastiones proletarios del Gran Buenos Aires le dio el triunfo a Alfonsín, como medio para cerrar el paso a la restauración de un peronismo anacrónico. Fueron los peronistas quienes le aplicaron el golpe de gracia al peronismo”, Abós, Álvaro, *El posperonismo*. Buenos Aires, Legasa, 1986, 100.

<sup>16</sup> Sobre los años de la dictadura se puede consultar Novaro, Marcos y Palermo, Vicente, *La dictadura militar, 1976/1983. Del golpe de estado a la restauración democrática*. Buenos Aires, Paidós, 2003.

<sup>17</sup> El Partido Justicialista consiguió el 40,6% de los votos, por el 51,75% de la UCR.

<sup>18</sup> Como lo expresan Podetti, Qués y Sagol desde la teoría del discurso: “Desde otro punto de vista, podemos señalar la ausencia de una “meta-regla” de tipo político, tal como la democracia interna. El dispositivo estaba regulado desde un elemento interior al sistema: las relaciones con el enunciador-líder. La falta de una instancia exterior de organización dificultaría la posibilidad de recomposición discursiva de la enunciación peronista ante los dos quiebres que pasamos a analizar: la muerte de Perón y la derrota electoral”. Podetti, Mariana; Qués, María Elena y Sagol, Cecilia, *La palabra acorralada*. Buenos Aires, Fucade, 1988, 28.

<sup>19</sup> Dado el recuerdo de caos y violencia que pesaba sobre el gobierno de Isabel Perón (1974-1976), la falta de un líder o de una tendencia definida dentro del peronismo, con la potencial desorganización que podía provocar en un movimiento tan heterogéneo, podía suscitar el recelo entre los votantes; un hecho que, según Aboy-Carlés, Alfonsín trató de explotar en su campaña: “Si el liderazgo de Perón aparecía como la única instancia de mediación en la heterogeneidad del actor peronista resulta fácil comprender cómo el radicalismo pudo construir un discurso acerca del riesgo de un triunfo peronista, subrayando la ausencia de una instancia reconocida capaz de reproducir ese juego pendular [entre derecha-izquierda, entre políticos y sindicalistas] que constantemente recreaba la pertenencia de los

distintos sectores internos”. Aboy-Carlés, Gerardo, *Las dos fronteras de la democracia argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*. Rosario, Homo Sapiens, 2001, 267.

<sup>20</sup> De Ipola, Emilio, “La difícil apuesta del peronismo democrático”, en Nun, José y Portantiero, Juan Carlos, *Ensayos sobre la transición democrática en la Argentina*. Buenos Aires, Puntosur, 1987.

<sup>21</sup> Muchos de los primeros líderes de la Renovación serían figuras provinciales, como el puntano Oraldo Britos. No olvidemos que, a pesar de la derrota electoral, el justicialismo mantenía una enorme fuerza a nivel provincial.

<sup>22</sup> Varios artículos críticos sobre la situación del peronismo de ese momento fueron compilados en Unamuno, Miguel et al., *El peronismo de la derrota*. Buenos Aires, CEAL, 1984.

<sup>23</sup> Se fueron 347 convencionales, que formaban el 61% de los asistentes. Uno de los peor parados del acto fue Menem, que fue insultado y golpeado en repetidas ocasiones. *La Voz*, 16 de diciembre de 1984.

<sup>24</sup> Hay que huir también de presentar a la Renovación como un conjunto acabado y homogéneo por aquel entonces. Así describía Ivancich el estado de la Renovación en Río Hondo: “Este ha sido uno de los congresos donde existió predominio de la renovación partidaria, aún gregaria y sin conducción establecida, más bien como representación de una voluntad de cambio, que de línea partidaria claramente delimitada”, Ivancich, Norberto, *Escritos peronistas*, op.cit., 232.

<sup>25</sup> El Frejudepa (nombre del frente liderado por Cafiero) consiguió el 26,98% de los votos, frente al peronismo oficial herminista que se quedó en cuarta posición con el 9,8%. Sin embargo, sería la UCR la que ganaría claramente en esos comicios (41,46%), aprovechando la buena coyuntura del gobierno nacional. Como señala Sandra Carreras, todo ello indica que, si bien había una tendencia del electorado favorable a la renovación, la unidad del peronismo se antojaba necesaria si querían alcanzar a los radicales. Sea como sea, Cafiero era muy consciente de la importancia de aquellos resultados: “Si el 3 de noviembre nosotros no irrumpíamos, como lo hicimos, en la provincia de Buenos Aires, el peronismo era hoy una fuerza política en dispersión. Se hubiera fundado el “tercer movimiento histórico” [propuesto por Alfonsín] y hubiera habido que poner una alambrada de púas para que los peronistas no saltaran hacia un radicalismo que les ofrecía un movimiento de hombres deseosos de libertad y democracia”, Cafiero, Antonio, *Razones para ser peronista*, op.cit., 90.

<sup>26</sup> Irónicamente, esta vez era Herminio Iglesias el que se presentaba por fuera del partido, cosechando un magro resultado.

<sup>27</sup> Moncalvillo, Mona, “Entrevista a Luis Brunati. Un ministro de película” *Unidos*, n°19, octubre de 1988, 76.

<sup>28</sup> López, Ernesto, “Primeras imágenes del naufragio” *Unidos*, n°19, octubre de 1988, 35.

<sup>29</sup> Chumbita, Hugo, “El peronismo según Menem” *Unidos*, n°19, octubre de 1988, 64.

<sup>30</sup> Wainfeld, Mario, “¿Patoruzú le ganó a Isidoro” *Unidos*, n°19, octubre de 1988, 19.

<sup>31</sup> Esta opinión se puede encontrar en Labaké, Juan Gabriel, *El presidente que sí fue*. Buenos Aires, Corregidor, 1997.

<sup>32</sup> *Página/12* 5 de marzo de 1988.

<sup>33</sup> Wainfeld, Mario, “¿Patoruzú le ganó...” op.cit., 23. De la misma opinión era Vicente Palermo: “Claro que Cafiero-Vernet no expresarían la renovación sino su derrota anticipada, su sacrificio en el altar de los “restauradores””. Palermo, Vicente, “Entre renovadores y restauradores” *Unidos*, n°19, octubre de 1988, 70.

<sup>34</sup> Álvarez, Carlos, “Los desafíos del peronismo” *Unidos*, n°19, octubre de 1988, 4.

<sup>35</sup> Palermo, Vicente, “Entre renovadores...” op.cit.. La idea es recogida posteriormente en la citada obra académica elaborada junto a Marcos Novaro, que Brachetta sintetiza así: “Sintetizando esta lectura se puede entender que los desafíos a que estuvo sometido la Renovación eran tan amplios y de tanta envergadura que requerían una capacidad de la dirigencia de operar con múltiples tensiones: la urgencia de innovar que provenía del contexto y de la propia convicción de que se debía dar lugar a una nueva etapa institucional, y la tentación de reeditar viejas fórmulas para evitar aparecer mimetizado con el oficialismo. La imposibilidad de afrontar eficazmente estas tensiones habría operado a favor de Menem...”. Brachetta, María Teresa, “La Renovación peronista. Promesa y decepción del peronismo en los ‘80’”. Disponible desde internet en <[http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/brachetta\\_2.pdf](http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/brachetta_2.pdf)> [con acceso 12/01/2010].

<sup>36</sup> Levitsky, Steven, *La transformación del justicialismo. Del partido sindical al partido clientelista, 1983-1999*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2003, 73.

<sup>37</sup> Alfonsín tuvo que soportar hasta tres levantamientos militares en apenas dos años, entre abril de 1987 y diciembre de 1988 (ya con Menem se dio un cuarto y definitivo alzamiento, en diciembre de 1990). El análisis más exhaustivo de los llamados levantamientos *carapintada*, cuyas causas hundían sus raíces en la crisis y descomposición del Ejército tras la dictadura y la guerra de Malvinas, se encuentra en Sain, Marcelo, *Los levantamientos carapintada. 1987-1991*. Buenos Aires, CEAL, 1994.

<sup>38</sup> Los dos toques del discurso renovador de los que se habla en Podetti, Mariana; María Elena Qués y Cecilia Sagol, *La palabra...*, op.cit.

<sup>39</sup> Aboy Carlés, Gerardo, *Las dos fronteras...*, op.cit., 285-286.

<sup>40</sup> *Página/12*, 22 de mayo de 1988.

<sup>41</sup> Álvarez, Carlos, “Los desafíos del peronismo”, op.cit., 7.

<sup>42</sup> *Página/12*, 10 de marzo de 1988.

<sup>43</sup> *Página/12*, 7 de julio de 1988.

<sup>44</sup> Luis Macaya, vicegobernador de Buenos Aires, sostenía que “Menem es un buen candidato”, pero “un caos desde el punto de vista organizativo” y que “todos saben que detrás de él no hay organización y nosotros necesitamos organizarnos”. *Página/12*, 22 de junio de 1988.

<sup>45</sup> “El cafiarismo se presenta a sí mismo como la racionalidad y como producto de la organización partidaria. En verdad, cuenta con el apoyo de las estructuras y de los aparatos partidarios. Menem, por su parte, se presenta como un fenómeno social horizontal que apela y moviliza a la esperanza. Su apoyo viene de la masa inorgánica que son los afiliados”. *Página/12*, 30 de abril de 1988.

<sup>46</sup> Habría que investigar mejor las razones por las que el intendente de Lomas de Zamora abandonó el barco renovador, pero muy probablemente ello tiene que ver con algunos desplantes a su ascenso político: Cafiero prefirió a Macaya como compañero de fórmula en Buenos Aires cuando todo parecía listo para Duhalde y éste además fue desplazado por Ítalo Luder del primer puesto de la lista de candidatos a diputados bonaerenses.

<sup>47</sup> En el mencionado libro Unamuno, Miguel et al., *El peronismo de la derrota*, “op.cit.” se puede encontrar el pensamiento de Bárbaro a la altura de 1984. Posteriormente se desempeñaría en 1988 como uno de los coordinadores de la campaña menemista.

<sup>48</sup> El apoyo por parte de agrupaciones tan teóricamente disímiles como el Comando de Organización liderado por Brito Lima y el Peronismo Revolucionario (extrema derecha y extrema izquierda) tiene mucho que ver con el hecho de que veían en Menem un reaseguro para el justicialismo entendido como movimiento y no como partido y también por pensar en él como una figura mucho más controlable y accesible que la de Cafiero.

<sup>49</sup> La estructura de poder sindical fue siempre informal y, por su configuración centralizada, muy dependiente del Estado. Según Levitsky, “Los sindicatos constituyen un pilar importante de la coalición peronista hasta fines de la década de 1980, pero el lazo que el partido mantuvo con ellos nunca se rutinizó. Los esfuerzos por hacerlo, como la creación del Partido Laborista en 1940 y el proyecto vadorista de la década del sesenta, fueron desbaratados por Perón y, aunque entre 1975 y 1985 los sindicatos cumplieron un papel casi hegemónico en la conducción partidaria, este poder era en gran medida de facto”. Levitsky, Steven, *La transformación...*, op.cit., 110.

<sup>50</sup> De hecho, la propia CGT, la central sindical, salía de la dictadura dividida en dos: la CGT-Brasil, más confrontativa, liderada por Saúl Ubaldini, y la CGT-Azopardo, más colaboracionista. Se volverían a unir ante la amenaza de la ley sindical propuesta por el gobierno de Alfonsín, que pretendía democratizar el funcionamiento interno de los sindicatos y hacerlos más flexibles.

<sup>51</sup> Según Sandra Carreras: “los “25” constituían la posición más izquierdista, eran el sector más cercano a la formulación de una “estrategia combativa” y

proclamaban un concepto mejor estructurado de reforma y modernización de las relaciones laborales en general y de la sociedad toda”. Hemos tomado las citas de la versión en español, no publicada, de la tesis de Sandra Carreras *Oposición y democratización en Argentina: El Peronismo 1983-1989*, 136. Existe una versión publicada en alemán con el título *Die Rolle der Opposition im Demokratisierungsprozess Argentinien. Der Peronismus 1983-1989*. Frankfurt, Vervuert, 1999.

<sup>52</sup> Continuando con Sandra Carreras, de quien tomamos la información sobre la situación de los sindicatos: “La agrupación liderada por Lorenzo Miguel adoptó en general una “táctica conciliatoria”, aunque su posición fue más bien lábil, atendiendo más a asegurar el poder de la agrupación dentro del espacio sindical y político que a consideraciones estratégicas de otro tipo”, *Ibid*, 136. En teoría las 62 debían englobar a la totalidad de los sindicatos peronistas, como lo habían hecho desde su origen. Pero, como señala Levitsky, durante los 80 “pasaron a ser considerados por los peronistas como una entre varias corrientes sindicales”. Levitsky, Steven, *La transformación...*, op.cit., 153.

<sup>53</sup> Repetimos que hay que tener cuidado con estas etiquetas, que sólo sirven como una referencia básica, dada la vaguedad ideológica y el tacticismo de estas agrupaciones.

<sup>54</sup> Los 15 reunían a sindicatos con relativo bajo número de afiliados, pero que ocupaban sectores clave de la economía: textiles, mecánicos, petróleo, electricidad,...

<sup>55</sup> El acto fue organizado por 70 gremios adscritos a los 15 y contó con el protagonismo de Luis Barrionuevo (gastronómicos), Jorge Triaca (plásticos), Armando Cavalieri (comercio), Diego Ibáñez (petroleros) y Carlos West Ocampo (sanidad). *Página/12*, 24 de junio de 1988.

<sup>56</sup> *Página/12*, 25 de junio de 1988.

<sup>57</sup> *Página/12*, 10 de julio de 1988.

<sup>58</sup> López, Ernesto, “Primeras imágenes...”, op.cit. 35.